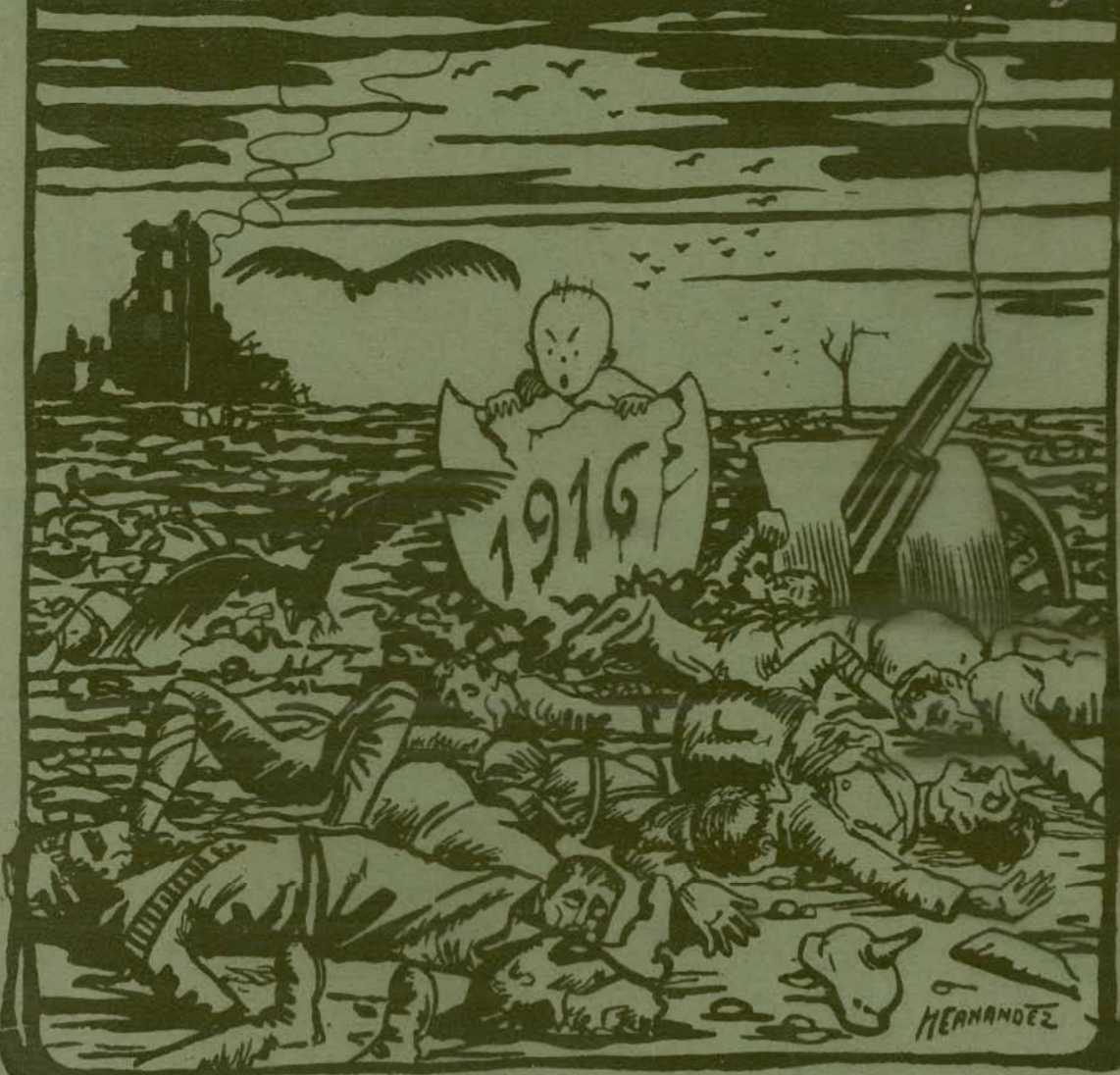


PANDEMONIUM

31-XII-1915

Nº 149

25cts.



SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

PANDEMÓNIUM

REVISTA ILUSTRADA
LITERATURA, POLÍTICA, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS

DIRECTOR:
RAMÓN DE PEÓN

AÑO X

31 DE DICIEMBRE DE 1915

NÚM. 149

Figuras de la Revolución Mexicana



GENERAL DON SALVADOR ALVARADO,

General en Jefe del Ejército del Sureste y Gobernador del Estado de Yucatán

SUMARIO:

TEXTO

Un gran Reformador	C. CRUZ SANTOS	Boña Albertazzi-Herrera	
La jaula vacía, por	V. DE CASTRO	Leyenda, por	A. VILLALOBOS
Tres aforismos, por	A. GARCÍA SOLANO	Idilio, por	VICENTE SÁRNZ
A la próspera sombra, por	P. PITO	A Juanita, por	SALVADOR L. ERAZO
Sobre el agua, por	MARIANO ARCE B.	El perro dotal, por	AURIELIEN SCHOLL
La palmera y el viajero, por	S. L. ERAZO	Es tarde, por	A. V. MONTIEL
A una artista, por	R. PÉREZ-DE AYALA	De México a Veracruz, por	J. T. Y MASHOU
¡Doce años ha!	RAMÓN DE PEÓN	El Trabajo, por	R. GARCÍA ESCOBAR
Tres Tipos, por	JENARO VALVERDE	El Convento, por	MANUEL VILLEGAS
Vesperal, por		Envejecer, por	AMADO NERVO

GRABADOS

General Salvador Alvarado.—Doctor Victor M. Rendón, General Salvador Alvarado y Lic. Calixto Maldonado.—Don Arturo García Solano.—Uncafetal en florescen-

cia.—Don Ramón Pérez de Ayala.—Don José Albertazzi Avendaño.—Señorita Carlota Herrera Bráun.—Una finca de café.—Antigua Iglesia de Orosi.

Un Gran Reformador

La espada obtiene las victorias, la inteligencia asegura las supremacías políticas, la justicia realiza las conquistas morales.—S. LUCE.

Este pensamiento de Luce, puede aplicarse en todas sus partes al General Salvador Alvarado. Bien dijo quien dijo: «De las revoluciones, surgen grandes hombres». De la revolución mejicana han surgido algunos grandes hombres, pero ninguno ha dado aún pruebas de su valer como Salvador Alvarado.

Cuando en febrero de este año que finaliza, el General Carranza puso en manos del General Alvarado la empresa de dominar el movimiento reaccionario del Estado, que trataba de impedir que la Revolución llegara a la península yucateca y de ese modo terminar con la inicua explotación de que el pueblo era víctima, sabía que Alvarado era la espada que triunfa,

la inteligencia que reforma y la justicia que engrandece las naciones.

El General Alvarado, al entrar triunfante en Mérida de Yucatán, encontróse con una desmoralización que era una epidemia en todas las clases sociales y políticas, y su trabajo encaminóse, al tomar posesión del gobierno de la Península, a estudiar los procedimientos que había de usar para llevar a la práctica los ideales que sirvieron de base a la Revolución.

Dijo Valtour: «Las reformas políticas y sociales son tanto más difíciles cuanto más necesarias». Y en Yucatán eran necesarísimas. La riqueza estaba en poder de reducido número de monopolizadores, latifundistas y concesionarios, que abiertamente explotaban de inicua manera al obrero, al indio trabajador de aquellos fértiles campos, que se hallaban en la condición de verdaderos esclavos, sujetos

a un amo, que por la más mínima falta tenía el derecho de atormentarles, sin que esos infelices tuvieran el derecho de reclamar. Había siempre una poderosa razón ideaban al amo!

El General Alvarado, suprimió de hecho esta esclavitud y esas cuentas que sujetaban al indio a un «amo» que le consideraba menos que a un perro. El decreto sobre este asunto, fué el primero de una serie que, en menos de cuatro meses, promulgó el Gobernador de Yucatan, acabando de una vez para siempre con las inmoralidades de los Tribunales de Justicia, y las que se cometían en todos los ramos de la Administración en que imperaba el favor hacia los avasalladores del pueblo paciente, sufrido y amordazado, por las leyes que servían de pretexto para cometer todos los abusos del poder que caracterizaba la vieja administración.

El General Salvador Alvarado, ha

sido en la región que gobierna, un innovador, un verdadero revolucionario en el más amplio sentido del concepto. Hizo con sus hechos suya la frase de Mabire: «No hay autoridad como la que se funda en la Justicia y se ejerce por la virtud».

El constitucionalismo está, gracias a la brillante labor administrativa del Gobernador, afianzado en Yucatán, y su arraigo moral en la conciencia pública es tal, que se goza en toda la Península de la más absoluta tranquilidad.

El nombre del General Salvador Alvarado, figurará siempre brillantemente al lado de los más prestigiosos de su país y la Historia al juzgar su labor en la Revolución, tanto como militar, cuanto como gobernante, le colocará en el cuadro de Beneméritos en que figuran Juárez, Hidalgo, Madero y Carranza, otorgándole el título de Gran Reformador Hispano-Americano.



De derecha a izquierda: doctor don Victor M. Rendón, Secretario General del Gobierno; General Salvador Alvarado, Gobernador de Yucatán; Lic. don Calixto Maldonado, Oficial Mayor del Gobierno. Los señores Rendón y Maldonado, son eficaces colaboradores del General Alvarado, en el vasto plan de reformas sociales y administrativas que con tanto éxito, está llevando a cabo en la península yucateca.

La jaula vacía

Bajo un cielo de cobalto, la ría extiende hasta el mar el dulce amparo de sus aguas. En la lejanía vense velas blancas, amarillentas, casi oscuras, de lento ardar. Las elegancias del five o'clock tea imperan en la amplia terraza del casino.

DAISY, Arturo e Inés, gente mundana y joven, charlan a media voz en alegre discreto banal, junto a una mesita de mármol en la que hay un búcaro de rosas.

ARTURO.—Sea de ello lo que fuere, el caso es original y simpático: ser uno el amante de su propia mujer no dejará de ser entretenido. ¡Oh! ver las caras de las gentes formales, sobre todo si ha habido una sentencia de divorcio!

INÉS.—Lo encuentro, a la verdad, más extraño que divertido: al final, debe ser un fastidio estar haciendo siempre el animal raro por teatros y casinos.

DAISY.—Añade que no hay nada más necio que el afán de asustar a los burgueses; esto sí que es tomarlos muy en cuenta, en vez de despreciarlos como se lo merecen.

INÉS.—Sí, los burgueses, los estúpidos burgueses, merecen que se les deje ya en paz!

DAISY.—Casi tienes razón.

ARTURO.—Bueno, amiguitas más, ya pueden vuestas mercedes despacharse como gusten contra los señores burgueses, y fastidiarlos, que, después de todo, de ellos es el mundo.

DAISY.—No lo crea usted. El reinado de la burguesía es efímero, porque cuando comienza a ser rica, no tiene más ambición, más empeño que hacerse perdonar su origen obscuro, burgués; que pasar a los ojos del extranjero por aristócratas. Recuerden cuántos títulos de mentirigillas, cuántas coronas de birbirloque, cuántos barones pontificios andan por este pícaro mundo, pavoneando su mercancía nobiliaria por esas playas de San Sebastián y Ostende.

ARTURO.—Lo burgués es imbécil, convengamos en ello; por eso el caso de Paco Medal me parece muy siglo XX, muy chic. Oh, créanlo ustedes, un ventrudo pulpero enriquecido no haría jamás eso, nunca!..

DAISY. Si, nunca!

INÉS.—Empieza usted a tener razón...

DAISY.—Toda la razón!

ARTURO.—Gracias, gracias, nobles amiguitas más; tan nobles como justificieras. Por lo demás, el caso de Paco tiene su cachet, su donaire aristocrático, no es verdad?

DAISY.—Enamorarse es una simpleza, pero casarse sin amor es una necedad. Paco se casó con Diana de Vigny, por un capricho, por una humorada.

ARTURO.—Paco es demasiado inteligente para haberse casado por otro motivo. Hacer un disparate por sport o una locura por antojo, ya es una explicación; casarse para fundar hogar, tener hijos y adorar eternamente a una misma mujer, es idiota y rural.

Casarse porque se la desea y no se la puede conseguir de otro modo, ya es un capricho, y un capricho siempre es una razón!..

INÉS. Qué psicólogo «estáis», amigo mío!..

ARTURO.—A la psicología debo mi poca vergüenza, y a ésta la dicha de que gozo en esta vida, y la felicidad de que espero gozar en la otra...

DAISY.—El cinismo delicioso de Arturo me desconcierta; apostarí que el origen de su buen humor está en los cinco o seis mil francos que se ganó anoche en la ruleta.

INÉS.—Como si lo hubiera visto: este Arturo es un hombre derecho en todo, en el juego y en el amor. Y al diablo con los refranes!

ARTURO.—No, no aciertan ustedes; de algún tiempo acá el azar me es

infiel, tan infiel como una querida bella y joven, a la que no se besa en la boca en mucho tiempo...

Estoy alegre, porque sí, porque estoy con ustedes, porque tengo mis instintos satisfechos, porque me siento ágil, porque estoy alegre, en fin.

DAISY.—Venga esa mano, Arturo, es usted más franco de lo que creíamos, y la sinceridad siempre es una garantía... Pero... oiga usted, cuéntenos todo lo que sabe de esa segunda luna de miel de Diana de Vigny...

INÉS.—Sí, sí, acabe de referirnos ese escándalo...

ARTURO.—Con muchísimo gusto; sin saber cómo empezamos a divagar.

Paco y Diana se casaron por ahí a mediados de 1903, es decir, hace cosa de tres años. Paco se casó sin estar de veras enamorado de Diana de Vigny; según entiendo, el deseo que ésta le inspiraba nacía de la imposibilidad de convencerla, durante toda una primavera, de que fuese en coche cerrado a hacerle una visita en su *garçonnière* de la avenida de los Campos Elíseos. Eso fué todo. Tal vez demasiada prisa de parte de él; quizá un poco de frialdad en la muchacha; o falta de dialéctica en Paco, quien, según entiendo, no hizo muy buenos estudios de humanidades...

DAISY.—Por Dios! al menos respete y guarde las fórmulas; por qué no suponer también un poco de honradez en esa joven?...

ARTURO.—Tiene usted razón; por qué no suponerlo, cuando el campo de la hipótesis es infinito?...

En estos *ententes* todo concurre: la sangre fría, la audacia, el pudor, la falta de lógica, el carecer de un cuarto vacío en el barrio... Qué quieren ustedes, amiguitas mías, ya que nacimos débiles, y no del todo castos, debe hacérsenos un poco de justicia.

INÉS.—Bah! Los hombres no deben esperar nunca justicia de nosotras; los envidiamos demasiado para ser justas. Eso, aparte de que ustedes todos son perversos y egoístas, todos se entienden, como si fueran una *mafia*, en tratándose de reirse de nosotras; los

hombres no valen la cuerda para ahorcarlos! ..

ARTURO.—Convengo sin dificultad en que si las mujeres no existieran, nosotros seríamos los bichos más dañinos de la creación; pero, qué quieren niñas mías, al hablar así no hago más que acatar las buenas formas: la cortesía exige que se les ceda a las damas el primer puesto...

INÉS.—Basta ya de corretear por los cerros de Ubeda, al grano, amigo mío!

ARTURO.—Pues bien, carísimas, pasada la luna de miel, satisfecho el antojito, la vida conyugal parecióle a Paco insostenible.

El hecho es documental y evidente. He sentido eso: después de una noche de voluptuosidad, mi amiga de la víspera me ha parecido siempre cara por cinco luses. Oh! esto es muy humano, y las leyes naturales son imperativas y no pueden violarse impunemente.

DAISY.—Oh! basta de disquisición, Arturo, ya lo sabemos, siga usted!

ARTURO.—Perdón! Tengo para mí que lo peor del matrimonio es la falta de libertad. Reflexionen, qué horrible, qué chocante debe ser para una mujer acostarse todas las noches con un hombre a quien no ama ya; pues otro tanto nos sucede a nosotros; esa comedia nocturna debe ser un potro.

DAISY.—Pero no cree usted que se pueda volver a amar más tarde, quizá después de un receso, de un discreto paréntesis pasional?

ARTURO.—Es probable; sobre esto nada puede afirmarse a buen seguro, si uno no ha visto el matrimonio por dentro, si uno no lo ha sufrido. Desde luego, puede asegurarse que el menú conyugal debe ser variado y muy de tarde en tarde, como le gustaban las perdices al célebre confesor de Enrique IV...

DAISY.—Y como el egoísmo de Paquito no le permite tolerar lo que le fastidia, ni la distinción a Diana sufrir los hostezos de su marido, resolvieron divorciarse cuando encontraron un pretexto...

INÉS.—Es muy razonable.

ARTURO.—Muy lógico y natural

que, quienes no se desean, no duerman juntos.

INÉS.—Adelante!...

ARTURO.—Una vez divorciados por incompatibilidad de caracteres, se separan en paz, como dos buenos amigos, con la más amable de todas las sonrisas. Me han dicho que Paco la acompañó hasta el landó, y besándole la mano con gentil ademán, la dijo respetuosamente: «Que seas muy feliz, amiga mía»... Pero, mirad que casualidad, allí está Paco junto a la baranda; nos ha visto y se dirige hacia nosotros. El mismo nos referirá lo demás: por qué este diablo de muchacho se ha vuelto a juntar con su elegante mujer?...

Fresco, risueño, galán, con su chaqué impecable, en cuyo ojal triunfa una orquídea, Paco Medal estrecha con efusión las manos de Daisy e Inés y golpea el hombro de su amigo.

ARTURO.—Hola! bienvenido. Dos mujeres son siempre demasiado para un hombre de mi edad. Siéntate, chico, y cuéntale a estas niñas por qué se ha visto entrar varias veces a tu ex-esposa, a plena luz, en tu departamento de los Campos Elíseos? Acaso intentas

romper el acta divorcial y casarte en segundas nupcias con ella?. O eres un libertino que ha conseguido interesar de nuevo a esa dama?...

PACO.—Vaya, vaya, qué cosas tienes, Arturo. No ves que Diana no hace conmigo más que lo que los canarios, a quienes la prisión es grata porque tienen fino alpiste y una bella piedrecita blanca en donde afilar el pico? Si los sueltas al campo libre, huirán del frío del bosque y de las semillas difíciles y echarán de menos el abrigo y la bañera de cristal...

(Y bajando un poco la voz).

Diana de Vigny viene una vez por semana a mi garçonnière de los Campos Elíseos en busca de una caricia antigua y sabia y de una copa de viejo champaña. Viene cualquier día, con tal de que sea una sola vez entre domingo y domingo. Así somos felices. Esa es la vida: el canario vuela alegre hacia la jaula vacía, y ustedes saben que mi adorable mujer siempre tuvo cabecita de pájaro...

Camilo Cruz Santos

Tres aforismos

Los colores elementales son siete: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y violado.

Los sonidos elementales son siete: do, re, mi, fa, sol, la y si.

Los sabores elementales son siete: dulce, acre, amargo, ácido, salino, alcalino y estíptico.

Los olores elementales son siete: etéreo, aromático, balsámico, aliáceo, empireumático, caprílico y nauseoso.

Las sensaciones táctiles elementales son siete: frías, suaves, ásperas, calientes, mordicantes, de acorchamiento y dolorosas.

La morfina es alcoide que no cura ninguna enfermedad, y cuando alivia, deja el organismo propenso a la fácil recaída; de modo que, con aquél, por poco que repita su uso el médico, incurre en nocivo círculo vicioso.

Quien lleva constantemente un reloj en el bolsillo izquierdo del chaleco, bien puede decir que lleva de continuo, aunque pequeña y débil, una botella de Leyden aplicada a la región esplénica. Y sabido es que *gutta cavat lapidem*...

DR. VELÁZQUEZ DE CASTRO,

Catedrático de Terapéutica en la Universidad de Granada, (España).

A la próspera sombra...

Para Julio Padilla, prosador riguroso

¡Cómo no amar tu vida, cautivo vigilante
de la fértil campiña, si tu sombra triunfante
nos lame humildemente cual un perro mendigo;
si tu copa bendita les prestó dulce abrigo
a las turbas de pájaros que en la siesta insegura
buscaban un remanso de paz y de verdura!...
Cómo no amar tu vida, cautivo vigilante!

Porque dormí a tus plantas de tímido gigante,
porque te ví grandioso, porque sentí la tromba
de una palabra fuerte que semejava una onda
surgiendo de los cóncavos de tu pujante leño,
yo buscaré tu arrimo...

Bajo el disfraz del sueño
te convertiste en hombre. Extraño personaje
de originales normas, de sugestivo traje.
Fuiste bíblico y loco, y tu aspecto sombrío
era una selva oscura que apenas cruza un río.



—Yo soy el fuerte Niágara del verso ultra-profundo,
—dijiste mansamente, tal vez meditabundo,—
por mi soberbio cauce la varonil pujanza
de un pueblo musculoso le canta a la Esperanza...
Aguas, todas mis aguas, violentas, resonantes,
vibran como combates de indómitos gigantes;
a veces también tienen ese crujir potente
de una locomotora cuando atraviesa un puente,
o el grito tempestuoso de airadas muchedumbres
—que es fuerte como el viento en lucha con las cumbres!—
Yo soy Wat Whitman, hijo del tiempo razonado!
El Norte es mi campiña... El Norte es acerado.
Decidme, qué hay al Sur? Razas en gestación
con mucho de prejuicios dentro del corazón.

.....

Lugones no; Lugones es la pampa serena
en donde un lago claro, como la luna plena,
eternamente copia lo colosal del Ande.

Chocano, ese es el poeta! Chocano porque es grande
como la voz de Sócrates. Su verso que es centella
y trotar de guerreros y palpitar de estrella,
recorre airosamente
de un paso el Continente;
y aquí, entre los turbiones que acoje mi *herradura*
llega su invicto nombre con ruidos de armadura...

.....

Vivimos un gran siglo de fe en nosotros mismos.
La Fe es quien echa un puente por todos los abismos
y pone en nuestras manos la esclavitud del Mundo.
Echad vuestras ideas sobre el crisol fecundo
de la Fe,—que es la acción—y a los pocos instantes
las veréis convertidas en fúlgidos brillantes...

Fe, que sois la bandera de todas mis cruzadas:
en vuestro altar yo pongo las rosas perfumadas
de mis frescas canciones!

Fe, hembra fértil y amada que aromáis corazones:
en vuestra fuente ideal,
para mis nuevos versos, yo templaré el metal!...

Amala con todos los poros de tu cuerpo mortal,
que así, a tus pies verás rodar lo Colosal
y erguirse como cúpulas que rompieron el cielo
los pinos que plantaste con fervoroso anhelo!

.....

Chocano, ese es el poeta. El bien sabe que es grande
porque su verso tiene la magestad del Ande.

*
*
*

... y se rompió la urdimbre mágica de aquel sueño
para solo mirarte grandemente pequeño
ante la honda incoherencia de tus graves palabras
que en mi alma galoparon como un tropel de cabras.

Cómo no amar tu vida, cautivo vigilante
de la fértil campiña, si tu sombra triunfante
nos lame humildemente cual un perro mendigo;
si tu copa bendita les prestó dulce abrigo
a las turbas de pájaros que en la siesta insegura
buscaban un remanso de paz y de verdura!...

Cómo no amar tu vida, cautivo vigilante!

Arturo García Solano

Sobre el agua

Todas las tardes se les veía pasear por la orilla de la playa, en aquella hora bañada aún por caluroso sol, dirigiéndose a un recodo en el cual había colocadas caprichosamente por la naturaleza unas rocas a la sombra de las cuales se sentaba la linda pareja que formaban.

Era ella una hermosa niña de dieciocho años, esbelta, de rubios cabellos, mirada acariciadora y seductora sonrisa.

El era joven ingeniero de aménísima conversación y afable trato.

Carlos era el tipo que algunas mamás soñaron: para esposo de sus hijas.

Permanecían allí en amorosa plática hasta que el sol iba disminuyendo su rigor y empezaba a notarse una suave brisa que convidaba al paseo embarcándose entonces en una frágil barquilla, la que al impulso de los remos, manejados por Carlos, íbase perdiendo mar adentro.

Aquella tarde había notado él una sombra de tristeza en el semblante de Carmen.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Nada, fué la contestación de ella.

—Algo te pasa, y me extraña mucho guardes secretos con el que dentro de poco ha de ser tu esposo. Dime ¿qué te ocurre?

—Pues bien, escucha: Días antes de que tú regresaras, Ernesto me requirió de amores. Hacía mucho tiempo que yo había notado su presencia en todos los sitios donde yo acostumbraba ir. Te confieso que no me era grato verle: mas las conveniencias sociales me pusieron en condiciones de tener que dirigirle la palabra.

Cuando él me habló de amores, que yo no correspondí, juró que se vengaría. Desde entonces he notado algo raro: como si estuviese meditando una venganza, y esta tarde ví que nos seguía por la playa. Dirige tu mirada hacia las rocas: allí está él.

Carlos había escuchado gravemente

el relato de su amada; cuando terminó tomó los gemelos que Carmen le daba y se puso a mirar en dirección al sitio que su novia le había indicado.

En efecto, encima de las rocas se veía una persona en la cual Carlos pudo reconocer a su fracasado rival que los estaba observando. Largo rato permaneció mirando hacia aquella dirección hasta que una brusca inclinación de la barquilla, seguida de un grito de terror de Carmen, volviólo a la realidad.

Entonces notó que el agua habíase ido filtrando imperceptiblemente en la barca y amenazaba hacerla zozobrar.

Rápido empuñó los remos y se puso a bogar con la fuerza que da la certeza de ver a la muerte cerca.

Ya era tarde.

Una ola gigantesca cubrió por completo a la débil embarcación sepultándola en las profundidades del mar.

Por un momento se les vió reaparecer sobre el agua nadando, haciendo un supremo esfuerzo para intentar la salvación.

Transcurrieron algunos minutos que parecieron siglos a los dos naufragos. Tan pronto sus cabezas destacábanse sobre las aguas como volvían a hundirse en ellas. Al fin, agotadas las fuerzas, considerando inútil prolongar por más tiempo aquella lucha por la vida, se estrecharon en fuerte abrazo y cambiaron el primer beso que fué el último que aquellos dos seres nacidos para el amor pudieron darse.

Las sombras del crepúsculo iban cubriendo con su negro manto las aguas de aquel mar que lo mismo podían servir para guardar el secreto de un crimen, que ser instrumento de la fatalidad.

De un punto de la playa, invisible por la oscuridad, partió una siniestra carcajada.

P. Pito

BELLEZAS DE LOS CAMPOS DE COSTA RICA



Un cafetal en floescencia

La Palmera y el Viajero

Para la distinguida señorita María Amez G.

EL VIAJERO.—¿Por qué tan triste, palmera solitaria, te levantas en medio del desierto? ¿Por qué tus hojas que ayer desplegabas radiantes de verdor y que el favonio suavemente mecía, están hoy amarillentas y marchitas?

LA PALMERA.—Triste estoy, mi buen amigo, porque lejos del bosque, en medio de este árido desierto, me encuentro expuesta a la furia de todos los elementos naturales. Las avecillas no vienen a anidar en mi follaje, ni en las auroras vienen a gorgear sobre mis hojas. No escucho a mis pies el rumor de alegre fuentecilla, ni puedo contemplar bajo mi sombra el tierno departir de dos amantes. Tan sólo el cárabo en las noches con su siniestro y pavoroso canto llega a interrumpir mi soledad horrible.

EL VIAJERO.—Como tu vida es mi vida; huérfano y solo he crecido en el desierto de la vida sin encontrar ni un átomo de ventura en mi incierto caminar. He tenido que huir de las injusticias y envidias de una ingrata sociedad que sólo rinde culto a los oropeles aun cuando estos envuelvan la estructura de un criminal. Quise ser útil a la sociedad, y en mi empeño sólo reco-

gí un puñado de cardos. El amor es un dios al cual no debo rendir culto y por lo mismo huyo del trato de esos seres que los poetas en sus soñaciones llaman ángeles, la mujer. Desengañado, sin ilusiones, no guardando más en mi pecho que el cadáver de mi esperanza, busco un sitio solitario en donde pueda morir tranquilo y por eso planto desde hoy mi tienda de peregrino al pie de tu tronco.

LA PALMERA.—El dolor hace amigos a aquellos que padecen, hasta los seres irracionales sienten ese instinto por naturaleza; sea, pues, nuestra amistad, sellada con un abrazo fraternal.

El viajero abrazó fuertemente el tronco de la palmera; ésta dobló sus hojas hacia abajo y abanicó suavemente la frente del viajero. Entre tanto en el aire, una bandada de alondras, raras veces vistas por aquellos sitios, pasaban cantando alegremente como amenizando aquel acto sublime de la regeneración de dos tristes.

Mariano Arce D.

Orotina, Diciembre 19 de 1915.

A una artista

Hacia qué puerto, gitana,
te lleva ahora el Destino?
Dónde soñarás mañana?
A la vera de un camión,
o en una playa lejana?...

Tu voz tan espiritual
en qué cómarca apartada
vibrará como el cristal?
¡Oh, artista nunca olvidada!
¡Oh, vagabunda ideal!

En la hora evocativa
recordamos con pasión,
tu mirada pensativa
y tu voz tan sensitiva...
Qué nos tiembla el corazón!

Salvador E. Grazo.

¡Doce años ha!

Hace doce años escribí y dí a la estampa mi primer libro, un libro de poemas, «La paz del sendero». Este libro, como todo lo que hasta hora he ofrecido al público, fué escrito con ánimo sincero y desnudo, por necesidad de mi espíritu y también, ¿por qué no confesarlo?, con alguna vanidad. Nunca me he atrevido a releer mis escritos. Hasta la corrección de pruebas me produce terror. Con la última palabra olvido voluntariamente las obras de mi pluma. Y esto, ¿por qué no confesarlo?, por vanidad, por la zozobra de no hallar mis escritos tan excelentes como se me figuraban en el momento de escribirlos. Pero sobre todo por pudor de mí mismo, como aquel que sabe haber declarado su sentir abiertamente, quizás dando ocasión a la mofa, y huye este recuerdo con dolor. Pero me aconteció por raro caso volver a leer el libro escrito hace doce años. Esta aventura he procurado recogerla someramente en el siguiente poema, el cual no es ficción retórica, sino realidad de orden espiritual:

Doce años ha que en el solar nativo —
lejos y en niebla está —
canté el poema ingénuo y sensitivo.
¡Doce años ha!

Del trruño materno salí en hora
que el día iba a romper,
con el alma y el rostro hacia la aurora,
a espaldas el ayer.

Hería el Sol a la noche con su lanza
como un santo a un dragón.
Y yo, transfigurado de esperanza,
dí al aire esta canción:

«Hoy, ruta del mañana. Lo pasado
no existe para mí.
Lograr, para gozarme en lo logrado,
y no en cómo lo conseguí.

Allá lo que pasó, en el limbo oscuro
del tártaro avernal.
La luz, J ordán de vida, en el Futuro
esconde el manantial.



Todo en el orbe está recién creado
en cada amanecer;
la colina y la rosa, el mar y el prado,
por igual cosa y ser.

Que con la nueva gracia matutina
mi vida sin cesar
renazca, como el prado y la colina
y la rosa y el mar.

Sentirme obra de Dios y recién hecho
en cotidiana creación
y, como alondra, oír dentro del pecho
que canta y sube el corazón.

Y aun mejor que de Dios, ser de mí mismo
y por mi voluntad
obra sin fin. Las noches, un abismo;
cada día, una edad.

Y, por el cuerdo olvido, haber vivido
copiosa multitud
de vid-s mil; porque nos da el olvido
la eterna juventud.

Raída el alma de rémoras y malas
remembranzas, después
mezquino será el cielo ante tus alas,
la tierra ante tus pies.

Que tu conciencia se abra tan alerta
tan vasta y tan plural
que al fin encierre por manera cierta
la vida universal.

Y que el suceso próspero o adverso
sea tal para tí
que exclames en tu día: «El universo
balla su quicio y su razón en mí».

Tal era la canción que al aire diera
y aun por el aire va—.
Era otoño y yo estaba en primavera (1)
¡Doce años ha!

Y fiel a aquella norma que trazara
como norma ideal,
desarraigué mi vida y huí para
ser hombre universal.

Y busqué sólo el porvenir divino
por razón de mi ser,
como es razón y esencia del molino
agua que ha de llover.

Y caminé los días ya pasados
dejando tras de mí
como hermanos o hijos ignorados
que vivieran por sí

(1) Debo advertir que esta frase figura en «La paz del sendero». En el decurso de los doce años, la frase, que entonces era perfectamente original, se ha difundido hasta avillanado literariamente.

con una vida fértil y callada,
cada uno en su lugar,
en tanto yo seguía mi jornada
hacia un nuevo avatar.

Nunca quise volver por el terruño
donde un día viví,
ni que el grano aventado vuelva al puño
como el rapaz neblí.

Nunca quise toparme nuevamente
con mi yo que pasó,
alzándos- en su vida independiente
frente al presente yo.

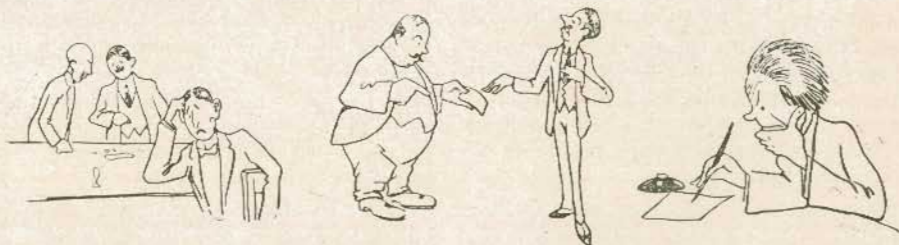
Y de pronto he aquí que redivivo
ante mi vista está
aquel yo que era ingenuo y sensitivo
doce años ha.

Ramón Pérez de Ayala.

Madrid, noviembre de 1915.

Chirigotas

Tres Tipos



La *peña* que teníamos en el *Lion d'or*, de Barcelona, era de lo más variado que puede darse. Allí concurrían literatos consagrados, y por consagrar, militares, cómicos, caricaturistas y cuatro o cinco sin profesión ninguna, pero con dinero bastante, y muchas ganas de divertirse.

Entre todos, descollaba Aniceto, ¡vaya un nombrecito para un día de feria! Bien está que se llame Aniceto un dependiente de abarrotes, pero un candidato a literato no debe usar ese nombre, y mas cuando se es un bohemio, porque Aniceto lo era, en todas sus manifestaciones.

Hacia unos días o mejor dicho unas

noches; pues de día no nos veíamos ninguno, que estaba taciturno, pensativo, como si estuviera madurando algún gran proyecto. Todos nos habíamos fijado, pero ninguno le decía nada.

Por fin uno de ellos, se lanzó y le preguntó que le pasaba.

—Una cosa horrible—contestó Aniceto.

—Qué es, hombre, qué es, idilo!

—Pues...—y Aniceto titubeó.

—Vamos dilo de una vez y no seas pesado. No queremos entre nosotros gente triste.

—Pues... que necesito ir a Madrid, sin falta, y no tengo una peseta...—

dijo por fin Aniceto como quien suelta una frase sensacional.

—Pero hombre, eso te preocupa; contestó Ricardito, que era uno de los de-ocupados con dinero, de la *peña*. Nosotros lo arreglaremos en seguida.

Y dicho y hecho, se hizo un *guante* y se recogieron 20 duros para que se fuera Aniceto a Madrid.

—Y vamos a ver,—le dice Ricardo al entregarle el dinero:—A que vas tu a Madrid—tú que no estuviste nunca allí, ni tienes familia. ¿Tienes algún negocio importante?

—Voy—contestó Aniceto embolsándose las cien pesetas,—a que los paisanos que están allí me den dinero para volver aquí.

Si no sale del café corriendo ino lo comemos!

* *

Samuel Carbajal, se quedó huérfano de padre y madre a los veinte años, con una buena fortuna y muy saneada que hubiera constituido la felicidad de cualquier mortal. Pero a Samuel, que en su vida no había hecho más que montar a caballo, pasear en automóvil y correr grandes juergas, la herencia paterna le duró en sus manos lo que el agua en una canasta. Se fué a Madrid y en poco más de dos años, dió al traste con toda la herencia, ítem más, contrajo algunas deudas con usureros de poca conciencia, deudas que le obligaron a poner agua por medio. A dónde ir? se preguntó Samuel; a Cuba, que hay muchos paisanos y ricos, con grandes negocios. Y pensando con la cabeza, por una vez en la vida, allá se fué con ánimo de trabajar en algo.

Y se embarcó para Cuba con unos pocos miles de pesetas, muchos baules y grandes deseos de trabajar. Llegó a la Habana y mientras se *iba haciendo a la idea de trabajar*, reanudó la vida que en Madrid había llevado en los últimos años. ¡Y no es la Habana lugar a propósito para gastar dinero! Total del cuento que a los pocos días no tenía un céntimo del dinero que había llevado. ¿Y qué hacer? Como no sabía hacer nada, ni sabía de nada,

empezó por pedir cien pesos a un amigo, luego a otro, después a un conocido y así llegó a molestar a todas las personas más caracterizadas de la colonia de la región de España a que Samuel pertenecía. Samuel, allá en su tierra, era persona de gran posición social, su padre había figurado mucho en la política regional, y muchos de los que, ahora favorecían al hijo lo hacían en recuerdo de los favores que de su padre habían recibido.

Llegó a tanto el *sableo* de Samuel que la Junta Directiva del Centro Regional, acordó hacer un llamamiento a los socios y ver de reunir una buena cantidad y dársela a Samuel para que se volviera a la Madre Patria, ya que en Cuba no podía trabajar pues no encontraba empleo a propósito para él, o mejor dicho no servía para ningún empleo.

El Centro Regional, cuenta más de 35.000 socios, de modo que fué cosa de pocos días el reunir siete mil duros que el secretario general fué a entregarle a Samuel en nombre de la Junta Directiva. Al hacerle la entrega del cheque, le indicó, lo conveniente que sería para él, el volverse a su tierra y allá con ese dinero y sentando un poco la cabeza podía evolucionar y llegar a tener, si no tanto como lo que había malbaratado, una posición desahogada. Samuel escuchó con calma los consejos que con toda su buena fe le daba el secretario y cuando éste terminó su perorata, Samuel atusándose el bigote y scltando una bocanada de humo dijo:

—¿Siete mil duros? No, yo con menos de cuarenta mil no me voy. Y con un ademán altanero devolvió el cheque y volvió la espalda al secretario, que no se murió de repente por un milagro de la divina providencia.

* *

Verdadero empeño tenía Ataulfo en que fuera a visitarle para escuchar la lectura de su obra magna, obra que según él iba a revolucionar al mundo literario.

Decía esto con acento de tanta convicción que llegó a intrigarme y una tarde en que estaba bastante aburrido, me dirigí a su casa subí los ochenta y pico de escalones que conducían al aposento del *ilustre* literato y penetré en su habitación. ¿Habitación dije? Bueno, pues queda dicho, pero era lo mas inhabitable que existía.

Ataulfo estaba escribiendo. Al verme levantó su cabeza, que no era hermosa ni tenía seso, pero sí una cabellera abundantísima y desgreñada, y después de saludarnos, me habló así:

—Sí, mi querido amigo, aquí me tienes pluma en ristre terminando mi gran obra, la obra maestra que ha de causar una revolución en el mundo de las letras. Nada de viejos y anticuados moldes, el modernismo se impone. No no me interrumpas—continuó exaltándose en su perorata Ataulfo—Ya se lo que vas a decirme, tu eres ferviente admirador de aquellos *escritorzuelos* de otras épocas que disteis en llamar clásicos. ¡No está mal classicismo,—ninguno de ellos sabía escribir.

—Pero... dije yo asombrado de lo que oía a mi amigo.

--Nada, no sabían escribir. Si Cervantes, ese Cervantes a quien van hacer un homenaje hubiera nacido en estos tiempos no pasaría de ser gacettillero de un periodicucho de provincias. No dejo de comprender que la idea de su Quijote es buena, pero está mal escrito. Y esa es mi obra la *traducción* del *Quijote*. Te la leeré y comprenderás que lo que hice es un monumento, algo que asombrará al mundo y me colocará literariamente por encima de todos esos que presumen de literatos. Escucha:

Y cogiendo un manuscrito empieza a leer:

«Hay poco de tiempo que en un embroito de la mancha, del cual yo no quiero reapellidarme el nombre, demoraba un hijo de alguna cosa, con su lanza perchada sobre su ratelero, con su anciano buclirio, su haridela magra y su chino de curso»...

No quise oír más, salí corriendo en busca de un médico que certificase la demencia del desgraciado Ataulfo.

Ramón de Peón

San José, diciembre 1915.

Vesperal

Con pirronismo acoges mi cortejo interino
de amigo tendencioso Chilla, malhumorado
por tus hiperestesias, el mimbre blanco y fino
del sillón, como tú, flácido y delicado.

Ríes como chicuela, y el áureo vellocino
del sol, casi caduco, con afán obstinado
de pilluelo te acosa. Tiene prisa el cetrino
malestrar del crepúsculo por irse de tu lado.

Tus zapatitos rosa, con mutación creciente,
se van tornando en mate. Con *impromptu* inconsciente
hermanan nuestras almas. La tarde trae eclisiones

del jardín. Todo tiene como inquietud de cita...
Y yo quedo mirando tu rubia casticita
de princesa moderna, sin novio y sin blasones.

Jenaro Valverde

Diciembre de 1915.

Boda Albertazzi-Herrera



DON JOSE ALBERTAZZI AVENDAÑO



SRTA. CARLOTA HERRERA BRAUN

EL.—Entre la juventud costarricense que rinde tributo a la mentalidad sacrosesárea, poniendo en la labor cultora todas sus idealidades inmóviles, como un canto de esperanza en los soberanos bronceos del triunfo, encuéntrase en primera línea la figura de José Albertazzi Avendaño, envuelta en el prestigio de su sentida modestia y en la aureola de sus cordialidades. Su nombre resuena como un himno prometedor de victoria y su poesía revuela bajo el cielo de su estilo, como una ave plena de ensueño, de música y sol; y nosotros que para el fácil jarabe del elogio tenemos valla infranqueable, no podemos permanecer en silencio ante la boda de este amigo. Porque, además de la justicia en la cálida loanza que entonamos en el mágico mi-

nuto epitalámico, en homenaje de su despedida de soltero, existen motivos de fraternidad que nos vinculan hoy, — como ayer y mañana, — con este espíritu en donde se acogen como en un rosal todas las libélulas de la rosada ilusión, y se amparan como en un oriflama todas las excelsitudes del combate. Pues a la par de sus rosas de arte brotadas al conjuro de su talento que es su jardinero, surgen en su montaña de ideales los aguilucho bravíos de la rebeldía y la altivez, sobre acantilados del patriotismo sin mácula y sin mengua.

Alma con balcones a todos los vientos y a todos los horizontes, vive perennemente asomada al norte que señala la cumbre azulada y lejana, embriagándose de sol en las nubes de

su fantasía y cultivando sus tempestades bajo un omnisonante vuelo de banderas en fiesta. En esta época en que predomina, sobre todas las cosas, el amargo positivismo del dólar, nosotros tenemos abiertas nuestras columnas como una ventana de fraternidad y esperanza; y en la glosa intelectual, damos preferencia a quienes, como Albertazzi Avendaño, llevan un haz de sueños para iluminar su sendero y un ramo de laureles para colocar sobre las sienes de la Patria, en cumplimiento del sortilegio de esa mixtura milagrosa del pájaro que canta y el águila que vuela, de la fuente que suspira y del trueno que vibra, de la flor que perfuma y de la lid que fulgura, de la estrofa que llora y el salmo que medita, de la frase que arrulla y de la palabra que enardece, de la voz que acaricia y del verbo que acuchilla. Tal es esta juventud que ha entregado sus tesoros a una hada sonriente que de hoy en mas sabrá estimularlos, haciéndolos brillar.

ELLA.—Enguinalada de amor, bajo el arco de su hermosura, con las galanías de su sonrisa, el corazón jubiloso como una campana y llenas las pupilas con la perspectiva de un porvenir esplendoroso, llegó al altar en donde el ritual consagratorio unió para siempre su destino con el alma del poeta. Seráfica virtud aunada con angélica bondad, aporta ella a la vida nueva que se inicia entre los votos de ventura que surgen de los labios amigos. Para un espíritu como el de él, nada mejor que la unciosa suavidad de ella; así como para el ruiñeñor, la alondra; o para el verso, el ala; o para el pecho, la coraza. Es decir, ella significa idealidad complementaria de la fuerza de él; y por eso, la felicidad tendrá que deslizarse como barca serena, como junco de ensueño inagotable, sobre aguas de remanso encantado.

La pureza de Carlota, como estrella mirífica, ha irradiado su esplendor en el cielo de aquel meditativo; y el mágico hechizo de su sencillez elegante, ha servido de motivo al soñador para desgranar sinfonías en su loa. El

candor arcangélico que exhala su figura, ha diluído las melancolías extendidas, como sombras increíbles, a la vera del cantor; y el índice de su genialidad sonriente le ha servido de guía, como un signo de luz, en su sendero.

Báculo para su juventud de quimera y de lucha, será ella con todo el aliento de su palabra de amor. Porque para un hombre pundonoroso, el matrimonio significa estímulo que trae consigo el vencimiento de todas las acechanzas y de todas las grandes palideces en las horas de inevitable adversidad.

Luz de estrella, fuente de agua virgen, remanso de castidades inextintas, sencillez magnífica opuesta a las mistificaciones en auge, serenidad aurisolar ante las tempestades, virtud sonora que urge un haz de luces de astro para ser grabada a la puerta del hogar, como símbolo de él y para gloria de él.

Tal es ella, concretada en fugaces palabras, que hoy entrega sus tesoros a un mago apuesto y gallardo en obediencia a los mandatos imperativos del amor.

*
*
*

PANDEMONIUM abre sus páginas como un abanico para saludar a la feliz pareja que ve colmadas sus aspiraciones. Nunca podrá sernos indiferente el destino de aquellos que tienen vivas afinidades con nosotros. Surja, pues, la frase lírica como un ramo de rosas fraternales para exaltar esta hora. Que la buenaventura en todo instante acompañe a los jóvenes desposados, para honda satisfacción de nuestra alma convertida ahora en urna votiva. Anhelamos sinceramente que en la vida nueva de esos dos corazones, como en un parque florecido en eterna primavera, canten todos los pájaros, vibren todas las músicas, sonrían todas las rosas e iluminen todas las estrellas, como si fuera «jardín siempre en flor para sus manos y un cielo siempre azul para sus ojos», conforme dice el cantor en la dulzura de un verso epitalámico.

Legenda

A su Alteza, la Reina Angélica.

(Para la señorita Angélica Dobles, triunfadora por Heredia, en el Certamen de Belleza del «Libro Azul».)

Era una reina joven y bella que tenía
un venero en los ojos de luz y poesía,
cuyas dulces miradas dejaban la divina
sensación de la fuga de alguna golondrina,
y ponían ruborosas sobre una noble frente
un bello pensamiento temblando eternamente.

Era una Reina joven que en los ojos tenía,
los rastros vagarosos de la melancolía.

Nunca vieron los siglos mayor delicadeza
ni admiraron más puro conjunto de belleza!

Sus manos persignaron la frente de un poeta
que abjuró los placeres para volverse asceta,

y quiso llevar una señal desconocida
a todo lo que es malo y pérfido en la vida,
así como del mártir sublime del Calvario
se guarda una reliquia dentro de un relicario.

Porque esta Reina tuvo por sobre su belleza,
como un don obsequiado por la naturaleza,

el brillo incomparable de todas sus virtudes:
y fué así como pudo mirar las multitudes

que nunca se sintieron ante el rigor, sumisas,
rendidas, bajo el palio triunfal de sus sonrisas!

Porque era muy amable, porque era bondadosa
y amó las suavidades de un pétalo de rosa.

Porque era muy modesta, porque era humilde y buena,
y tuvo la pureza de un cáliz de azucena.

Porque ella dió al creyente y sabio y al profano,
bondades en el hueco de seda de su mano!

Envío

Mañana, cuando canten tus méritos, Alteza,
irán por los caminos los nobles trovadores
diciendo así los triunfos de tu delicadeza,
bañados por la brisa que en su locura besa
sus negras cabelleras y el cáliz de las flores.
Mañana, cuando canten tus méritos alteza!

Nov. 1915.

Asdrúbal Villalobos

Idilio

LUIS DE 19 AÑOS... BLANCA DE 18

I

Atardecer de oro...

El viejo Pedro está sentado en el quicio de la puerta de la caserona antigua, acariciando su barba plateada. En el fondo de sus ojillos grises se adivina la nostalgia de los años idos, y la melancolía de un futuro incierto y frío, se pinta en las arrugas innúmeras que le surcan el rostro... Los abuelos descansan... ¡Nobles ancianos de cuerpecillos encorvados, cabellos blancos y ojos desteñidos!

¡Dulces viejecitos!... ¡Cuántas veces habremos pensado en vosotros, ya muertos, y recordado vuestras cabecitas albas y adorables!... Descansan...

La nieta se dispone entretanto a dar un paseo: se encuentra oprimida de ansias inexplicables, de anhelos inventibles... ¡Blanca encantadora de cabellos negros! Va hacia el bosque..., va hacia él, embargada de tristuras: ¡Delicada niña de candor virginal!

El viejo Pedro como fiel criado se ofrece a seguirla, pero ella rehusa: ansía tranquilidad; por otra parte..., ¿qué peligro puede haber en el bosque?... el viejo se excusa: ¡como su deber es velar por Nita Blanca!...

...Pasa un rato...: comienza a desaparecer el sol tras las montañas, dando a todo, sus últimos rayos, un tinte de oro: doradas las copas de los árboles, doradas las cumbres de los montes...

¡Es tan sublime aquella tarde, tan majestuoso aquel paisaje vacío y silencioso, tan hermoso aquel crepúsculo teñido de colores, que siente la encantadora niña oprimida de sensaciones vagas su almita virgen: ¡Acaso piensa en el amado de otros tiempos, en el novio ausente; acaso echa de menos su presencia!

Nace un sollozo que logra ahogar

en el interior dulcísimo de su corazón, pero sus ojos grandes, inexpresivos y fijos ahora, báñanse de lágrimas.

...El viejo Pedro cruza a lo lejos del jardín...

Blanca le mira alejarse con su andar pausado, la cabeza apostólica inclinada sobre el hundido pecho..., en tanto que allá, al otro extremo, Luis, el soñado ausente llegado de esa tarde, la distingue desde lo alto y se detiene: quiere contemplarla, admirarla desde lejos. En medio de tanta melancolía, le parece más bella, más delicada, más pura...

...Resuena de pronto en lejanía el aullido lastimero de un perro, y de seguido el canto misterioso y triste de un gallo de pasión. La niña se estremece del gran terror...

—¡Pedro, Pedro!...—clama con voz angustiada.—El viejo está ya demasiado lejos para oírlo.

—¡Pedro, Pedro!... tan sólo el eco responde a su llamada: el fiel criado ha entrado ya en la caserona.

En los párpados de aquellos ojos virginales tiemblan dos gotas...

Luis pierde el sentido de todo... ¿Por qué llora Nita Blanca? ¡Siente tan verdadero pesar de esas lágrimas!

Se acerca a ella... ¡Blanca hace un esfuerzo y procura sonreír: las dos lágrimas sin embargo, ruedan por sus mejillas.

El interroga; ella explica: ¡No es nada, no es nada!... De la emoción tiembla su pecho, se levanta; el sollozo brota por fin, brota espontáneo: ¡Es un sollozo de alegría!

II

(En un jardín de ensueños, entre rosales, sentados uno al lado del otro... La luna asoma allá en Oriente, su faz amarilla, manchada de sombras; un airecillo tibio mece las ramas con la

dulzura de un suspiro, y lleva a las mejillas de los dos enamorados una caricia, y el perfume de las flores).

LUIS

¡Luna llena! ¡Qué hermosa es la luna llena! La amo como si fuese algo mío.

BLANCA

Es muy bella...; y ¡cómo alumbra! Si parece un amanecer en tiempo de verano.

LUIS

Es como el amor de los románticos: ilumina sendas que yacen en el olvido, alumbra caminos llenos de placeres desconocidos, sin producir el cansancio que da el sol...

(Guardan un largo silencio... A una veintena de pasos se escucha el murmurar de las gotas, al caer en el agua pura y cristalina de una fuente).

LUIS

¿En qué piensas?

BLANCA

En nada... Contemplaba la luna, miraba las flores.

LUIS

¿Te gustan mucho?

BLANCA

Las quiero con toda el alma: eran mi única alegría mientras tú estabas lejos. Ellas, tan risueñas siempre, me infundían valor, y no me dejaron nunca desesperar.

LUIS

¡Pobre Blanca! Razón tienes de amarlas...

BLANCA

¡Cierto!... Casi puedo decir que las venero; las venero con toda la fuerza, con toda la beatitud del agradecer... También me encantan los animales: ¡Pobrecillos! Deben de sufrir mucho, cuando mueren, durante la agonía, no sienten sobre su cuerpo el calor de una mano cariñosa, ni escuchan la voz de un consuelo... ¡Son tan desgraciados!...

LUIS

Razón tienes... Hay que quererlos mucho..., como a las flores, como a la luna.

BLANCA

Sí, como a las flores, como a la luna. Yo los quiero mucho, con todo el corazón.

LUIS

¡Mucho!... ¿Más que a mí?...

BLANCA

¿Más que a tí?... ¡Oh, no! Más que a tí nunca, más que a tí a nadie, porque tú eres mi vida... Ah! ¿Tienes acaso celos de los animales, de las flores, de la luna?...

.....
.....

Así decían los dos amantes bajo la blanca luz, bajo la luz de castidad en que los envolvía la llena.

Dicente Sáenz

Diciembre, 1915.

Las oficinas de

PANDEMONIUM

se han trasladado a la 3ª Avenida Oeste (contiguo al doctor J. F. Rucavado).



Postal

A Juanita

Los últimos flecos de luz de una tarde de otoño que muere en un horizonte de oros y violetas empalidecidos como tintas de acuarelas viejas, caen sobre una flor que surge de una fuente escoltada de árboles, en cuyas ramas florecidas cantan los pájaros sus notas de cristal.

La flor que surge de la fuente, eres tú en el triunfo de la belleza, y los pájaros que lirizan en torno de ella, son los poetas que cantan tus gracias celestiales.

Salvador E. Erazo

Cuento

El perro dotal

Un joven de treinta años, llegó a Vichy hace muy pocas semanas con un perro, un perrillo microscópico, único en su género, un diminutivo de *Chiuwaura*. Alcanzaba apenas el tamaño de un gato recién nacido; su color era alazán, con el hocico negro, las orejas erguidas con dos pequeños cucuruchos y unas patitas que casi daba miedo tocarlas; era además inquieto, hasta turbulento; ladraba a los caballos, amenazándolos con su cólera: tal era *Bibí*. *Bibí* pesaba exactamente 910 gramos.

Una americanita miss Holda, que se hallaba en Vichy en compañía de su tía, asidua frecuentadora de la Grande Grille, se detuvo de pronto al ver el perrito.

—¡Oh! ¡Qué lindo... encantador!

Y, llena de admiración, el rostro radiante, alargó la mano hacia *Bibí*.

—¿Es suya esta alhaja, señor? — preguntó al joven.

—Sí, señorita.

—¡Oh! déjame usted besarlo, ¿quiere?

—Con el mayor placer.

Y entregó *Bibí* a miss Holda, que lo besó repetidas veces. Luego le preguntó:

—¿Qué edad tiene?

—Cumplirá pronto dos años.

—¿Está bien educado?

—De una limpieza ejemplar.

—¿Tiene buen carácter?

—Atento, gracioso, fiel y abnegado.

—¿Donde le hace usted dormir?

—En una butaca, sobre una almohada a los pies de mi cama.

—¿Y si oye algún ruido?

—Ladra como un perro de guardia.

Bibí halagado, dió dos golpecitos con la lengua sobre la nariz de miss Holda.

—¡Oh! ¡Qué amable! — exclamó ella.

Luego de repente:

— ¡Señor!

— ¡Señorita!

— ¿No quiere usted vendérmelo?

El joven se rió.

— No soy negociante en perros, señorita.

Miss Holda se sonrojó.

— Bueno; adiós *Bibí*.



Y, con un profundo suspiro, se dirigió hacia su tía.

A la noche, un criado con librea se presentó en el hotel donde se alojaba don Eduardo H., el dichoso propietario de *Bibí*.

— Señor — dijo el lacayo, — miss Holda me manda ofrecer a usted diez mil dólares por el perrito.

— Amigo, — contestó Eduardo — diga usted a la señorita, que no me separaré jamás de *Bibí*.

Al día siguiente, la americana paseaba por el parque, buscando con su mirada la alhaja de sus ensueños. Eduardo fumaba un cigarrillo leyendo un diario. Miss Holda hizo una especie de saludo con la cabeza, y sin más preámbulos, acarició a *Bibí* sobre las rodillas de su dueño.

—Señor—dijo con vocecita insinuante,—¿quiere usted todos los perros o a éste solamente?

—Los quiero a todos, señorita; pero *Bibí* me interesa como una miniatura. El perro ha sido desde los más remotos tiempos, el fiel compañero del hombre; ha desempeñado un importante papel en la organización social.

Cuando el hombre vagaba desnudo, sin armas ni defensa, durmiendo en las grutas, habría sido seguramente, aniquilado por los animales feroces, si no fuera la ayuda del perro, su aliado, que olfateando las fieras, le avisaba el peligro inminente y se batía por él. El perro es un tráfuga que abandonó a nuestros enemigos, ha pasado a nuestras filas para ayudarnos a hacernos dueños del mundo animal.

Miss Holda, que había escuchado con atención el pequeño curso de Historia Natural de Eduardo, levantó súbitamente la cabeza y le preguntó:

—¿Es usted rico, señor?

—Tengo lo suficiente para hacer una vida agradable—contestó Eduardo sonriendo.

—Pero... ¿cuánto es su renta?

—Treinta mil... más o menos.

La joven hizo una mueca.

—¡Oh!—contestó con aire desdenguado,—yo... cuatrocientos mil... y mi tío,

propietario de minas en Pensilvania, me dejará el doble.

—Tanto mejor para usted, señorita.

—Y desearía su perro de usted.

—Lamento mucho tener que rehusárselo; pero me sería imposible separarme de él.

Miss Holda fijó sus ojos de azul profundo en el dueño de *Bibí* y en tono resuelto le preguntó:

—¿Cómo me halla usted?

—Me parece usted encantadora. *Bibí* era, sin duda, de la misma opinión, pues movió vivamente la cola.

—¿Es usted casado?

—No.

—Pues bien; cátese usted conmigo... ¡el perrillo pertenecerá a los dos!

Sucedió un período de *flirtación*. Eduardo no pudo resistir a la seducción, y *Bibí* fué testigo del casamiento.

—¿Qué piensa usted de esta historia?—me preguntó el doctor B., que me la contaba.

—Pienso—contesté—que serán felices mientras viva *Bibí*.

—Pues entonces—replicó el doctor—lo serán cinco o seis años. Ya quisieran todos tener la misma felicidad en la vida!

Gurielien Schöff

Es tarde

Amé con ansia y fiebre; el pensamiento
peregrinaba como vuelo de ave;
mas cuando hablé y le referí mi anhelo,
me dijo tristemente: «Ya es muy tarde!...»

Luché; quería conquistar un nombre,
llegar al Sol que de lo excelso sabe;
mas la impotencia destrozó mis ansias
y en mi conciencia murmuró: «Es muy tarde!...»

Ahora me abre una mujer sus brazos
tras cuya piel azules venas laten;
y a la visión de mi vejez amarga,
la testa nuevo, musitando: «Es tarde!...»

Alberto V. Montiel

San Salvador, 20 de Noviembre de 1915.

De mis correrías

De México a Veracruz

Son las ocho de la noche. En la estación hay poca gente. Ninguno de los amigos que debían llegar a despedirme comparece por allí. Se acerca la hora de la partida. Los viajeros forman cola ante la taquilla, en demanda de sus billetes. Los mozos de estación, pasan apresuradamente, conduciendo equipajes o empujando carretillos.

Faltan pocos minutos para partir, cuando aparecen dos amigos: los únicos que llegan a despedirme y a darme encargos para la Habana. Y mi escepticismo me insinúa, que más parecen haber ido por los encargos que por la amistad...

Suena el pito anunciando la partida, estrecho la mano a mis dos *despedidores*, y me arrellano en mi asiento. El correo-expres de Veracruz, enfila lentamente las interminables cintas de acero, y poco a poco, aumenta la velocidad y se hace mayor el traqueteo.

De repente me asalta un mar de reflexiones: vuelvo mis ojos a la gran *Tenoxtitlán* y voy pasando revista a mis recuerdos, como si fuesen soldados en parada. Y pienso en mi llegada, cuatro años antes: con la mente llena de ilusiones que fueron abatidas por los desengaños del diario vivir...

¡Triste balance arroja el libro de mis recuerdos! Casi todo fueron luchas estériles, en que las derrotas casi igualaron a las batallas presentadas...

Ni siquiera encuentro una de esas pasiones que atenazan nuestro corazón. Solamente un fantasma femenino flota ante mí, recordándome a la mujer que más recientemente se interpuso en mi camino. Quiero analizar, y no sé decirme qué clase de amor he sentido por esa «azteca modernizada», de ojos de abismo y cuerpo flexible como una varita de bejuco... Sí, ya tengo la solución: yo sentí por ella, el capricho de lo exótico. La fascinación que me causaron sus ojos, dignos de haber

pertenecido a Marina, la querida de aquel hombre de hierro que se llamó Hernán Cortés; el espectáculo de su piel morena que hacía pensar en una *terracota* viva, o en las estatuas de parques ingleses, sobre las cuales dejaron los años «la pátina de las horas errantes», que dijo Darío; y aquella graciosa pronunciación criolla, y aquellas *atrevideces* canallescas de su conversación...

Todo eso, era para mí, algo desconocido y extraordinario; algo que causó en mis relajados sentidos, la misma impresión de novedad que causaría en un niño, algún juguete que se diferenciase por completo de los que ordinariamente le sirven para jugar... Pasada la novedad, aquel juguete apenas proporciona al niño el mismo placer que otro cualquiera de los juguetes conocidos.

Oportunamente, en mi caso, no hubo tiempo para que pasara la novedad; cuando partí, aun me gustaba aquel juguete viviente...

.

Estaba muy avanzada la noche. Casi todos los viajeros dormitaban. El tren corría a lo largo de los llanos de Apam. La mortecina luz de una luna en menguante, alumbraba inmensas plantaciones de agaves: de aquellas plantas se extraía el *pulque*, licor embrutecedor y nauseabundo que debía ser suprimido por la civilización, para sacar del asqueroso fango social en que yace idiotizada, una enorme masa de *pelados* que parece irredimible. Y una vez suprimido el repugnante «licor de Xochil»—que da idea de las papilas gustativas de aquella reina—, sería llegado el caso de inyectar en el cerebro de tantos pseudo-hombres, ideas de instrucción, de trabajo, de aseo, de vergüenza y de amor. Mientras tanto, pasa una gran porción de la plebe meji-

cana—que a más del *pulque* tiene venenos que se llaman, *catalán*, *tequila*, *mezcal*, y la endemoniada *mariguana*—cuyas borracheras homicidas frecuentemente degeneran en tragedias, resultaban utópicas las ideas de progreso y de europeización.

¿Qué importa que un país construya ferrocarriles y ciudades y puertos seguros; qué importa que haga ejército y vaya formando artistas y hombres de ciencia, mientras existan esos inmensos «bajos fondos» sociales, que constituyen una rémora vergonzosa para toda idea de civilización y de progreso?

.....

Junto a mí, un viajero pronunció el nombre del barco en que yo debía partir: «Monserrat». Con esa confianza que tan pronto envuelve a los compañeros de viaje y siendo ambos españoles, pronto enredamos conversación. El hombre era terriblemente comunicativo: era uno de esos habladores *verborreicos* que tanto nos desacreditan a los ojos de ciertas naciones *serias*. Pronto supe que se dirigía a España, para reunirse a su señora y poner en práctica ciertos planes periodísticos... Porque, ya es hora de decir, que mi compatriota estaba casado con una escritora española de cierto renombre. En un momento, «me colocó» un elogio de la literatura; los títulos de sus obras más famosas; los temas tratados en ellas; las traducciones y distinciones que habían merecido etc., etc. Y yo, que «no trago» el feminismo, tuve que oír todo *aquello* por respeto a los años de mi interlocutor; pero a medida que me hablaba, discurría yo sobre lo tristemente ridículo que resulta un hombre cuyo brillo social, depende del que irradia o proyecta su *costilla*. ¡Qué triste resulta esto! Y por el contrario, ¡qué orgulloso debe sentirse el hombre



cuya fama y cuyo nombre repercutan en sus allegados! Sin poderlo remediar, vino a mi memoria el recuerdo de cierta comedia quinterina: «antes me llamaban *hijo del herrero*; y ahora llaman a mi padre, *el padre de Gonzalo*».

.....

Estábamos en Orizaba, «la pluviosilla», cerca de aquellas grandes fábricas en que los sembradores del socialismo, *recogieron* balazos a granel, *obsequio* del que parecía interminable despotismo porfirista...

En Córdoba y El Fortín, los indígenas vendían ramos de gardenias; algunos viajeros galantes, ofrecían flores a sus compañeras. Yo no juzgué necesario obsequiar al «literato-consorte», mi único amigo...

Opté por dedicarme a estudiar las caras de mis compañeros de tren, auxiliado por los primeros rayos del sol, que allá, en la lejanía, engendró un día más.

¿No os habéis fijado en las *variaciones* que se notan en nuestros compañeros de viaje, después de una noche de tren? Ellas, entraron al vagón muy compuestas; debidamente empolvadas; con un ligero velito que unas veces *favorece*, otras *oculta*, y otras *disimula* nada más... Con los cabellos recogidos y *dóciles*. Y envuelto, *el todo*, en un impecable guardapolvo.

Ellos, llevaban bien cortados trajes grises; las guías del bigote—*kaiserinas* o *ciranescas*—debidamente colocadas; la corbata en su sitio y con nudo impecable; la práctica gorra inglesa sustituyó al sombrero que traían. Luego, sentáronse con cierta negligencia, desdoblaron un diario, hojearon un libro, dirigieron «miradas *Górriz*», a las adorables viajeras...

Pasó la noche; y al llegar la aurora—tan cantada y *calumniada* por los poetas melencidos—, llega también la ocasión de estudiar esas *variaciones* de que hice mención.

Ellas, aparecen sin sombrero; el

velito también ha desaparecido, dejando ver cosas que no se habían notado y que ahora se notan por el desorden de los polvos y del colorete... El impecable guardapolvo, está arrugado como un guñapo; el cabello ha perdido su *docilidad*...

Con ellos, sucede otro tanto: reciben la visita de la luz, con el *terno* arrugado; la gorra «a la negligé»; la corbata torcida; las guías del bigote, en completa asimetría, «más o menos china»... En fin, un desastre que no se puede ocultar.

El tren seguía corriendo y acercándose rápidamente a la costa. A los lados de la vía, se contemplaban grandes plantaciones de caña de azúcar. El calor de la *tierra caliente*, prodigaba sus desagradables *caricias*.

Las estaciones se sucedían con frecuencia... Potrero... Los Cocos... ¡Veracruz!

Hemos llegado; y después de entregar el talón de equipajes a un empleado del Expres, corro al Hotel para reparar *avertías* y recuperar la *simetría* de costumbre.

José Tomás y Masbou

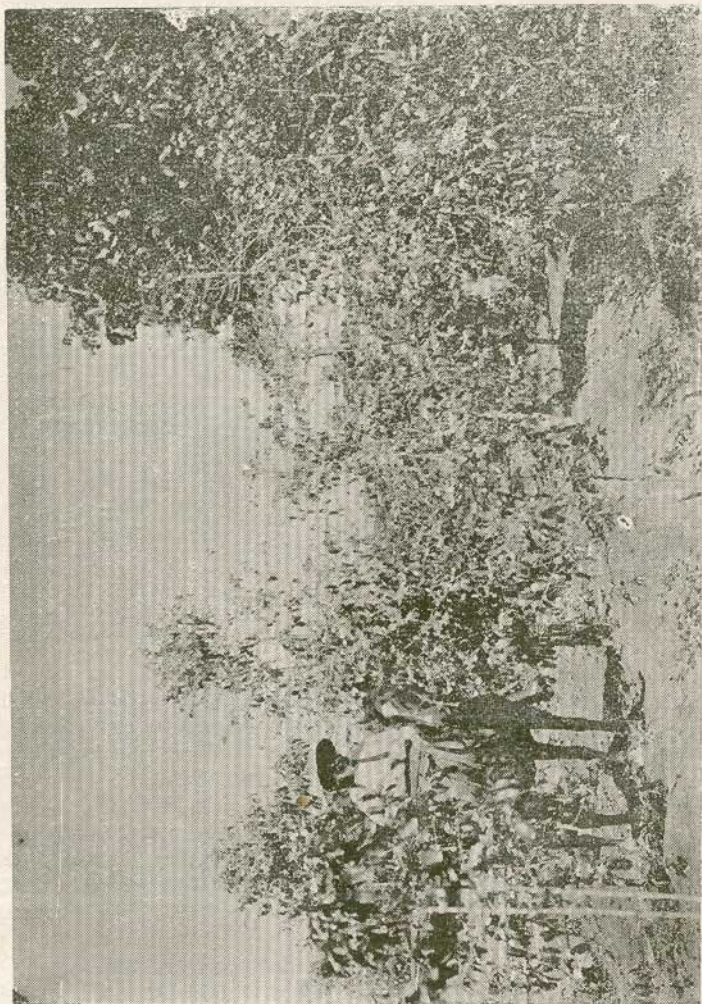
El Trabajo

(A los Obreros Hispano Americanos)

¿Qué es el trabajo? Talismán sagrado que hace en la tierra un semi Dios del hombre: vuelve dichoso al ser desventurado y le da gloria, bienestar y nombre!... De Gutemberg la fama no te asombre, ni que Homero y Colón surjan de abajo, porque se encuentra paz, vida y renombre en las fuentes divinas del Trabajo!... Hay un himno triunfal que nos fascina y que en su música bella y argentina enamorado tiembla el Universo: Es el himno vibrante del Obrero; es que al choque del hierro y del acero el carro del Progreso se fulmina!...

Rafael García Escobar

BELLEZAS DE LOS CAMPOS DE COSTA RICA



Una finca de café, en Tres Ríos



dientes; de los torneados brazos se deslizaron las valiosas pulseras, y el virginal y esbeltísimo talle se ciñó con el burdo sayal de las madres carmelitas.

* * *

Durante mucho tiempo no hubo otro tema de conversación en la ciudad que la determinación de Julia y los incidentes de la conmovedora escena de su ingreso en el claustro.

Cuando llegaba algún forastero a la población, antes se olvidarían los *ciceroni* de conducirlo ante las maravillas arquitectónicas, glorias de la ciudad, que de pasearle frente a los murallones del convento; antes dejarían de referirle las poéticas tradiciones del pueblo, que de contarle punto por punto el sencillo episodio de la vida de Julia Gamoneda.

Todos los adolescentes de aquella época, estuvieron enamorados platónicamente de la joven novicia. Rondaban las paredes del convento, asistían a las fiestas de su iglesia, creían distinguir entre el monótono murmullo de las oraciones salmónicas en el coro, el timbre argentino de la voz de Julia. No hubo corazón de veinte años que no soñase con románticas aventuras para arrancar a la adorada del convento.

El tiempo destruyó los trazos de aquella historia. Los adolescentes de entonces que sintieron el contagio romántico, unos murieron minados por la tisis, otros se han perdido en las oscuras sendas de la vida, los más han trocado los sueños de la dorada edad por las prosaicas realidades de los años maduros.

En tan largo período de tiempo, la ciudad se fué transformando. Las murallas cayeron al estruendo de la dinamita, y sobre sus cimientos se elevaron fábricas constantemente empenachadas de rizadas columnas de humo. *La pesada reja del corvo arado no habría ni visitaba las entrañas* de las tierras que antes llegaban hasta las puertas de la ciudad, sino que, convertidas en solares, trepidaban sin

descanso al rodar de rápidos trenes; sobre el poético río asombrado en sus orillas por álamos y cipreses, saltó atrevido un puente de hierro, prodigio de las artes de la construcción. La electricidad sustituyó al aceite y al petróleo. Las sombrías callejuelas sintieron circular el aire y el sol por las brechas que dejaron los viejos caserones derruidos.

Sólo ante los muros del convento se detuvo la abasalladora musa del progreso y, aunque intentó el asalto colgando de ellos los alambres conductores de la electricidad y clavó en las juntas de sus piedras los soportes de los globos de luz, respetuosa ante la austera grandeza del edificio, se deslizó a lo largo de sus tapias buscando otros lugares donde derramar a torrentes los rayos de su antorcha, cuya lumbre tantas vidas y dolores consume.

* * *

Un resplandor inmenso iluminaba el oscuro cielo de aquella noche de tempestad. Desde todos los puntos de la población se veían las llamaradas, que teñían con cárdenos matices los montones de nubes empujados por el huracán.

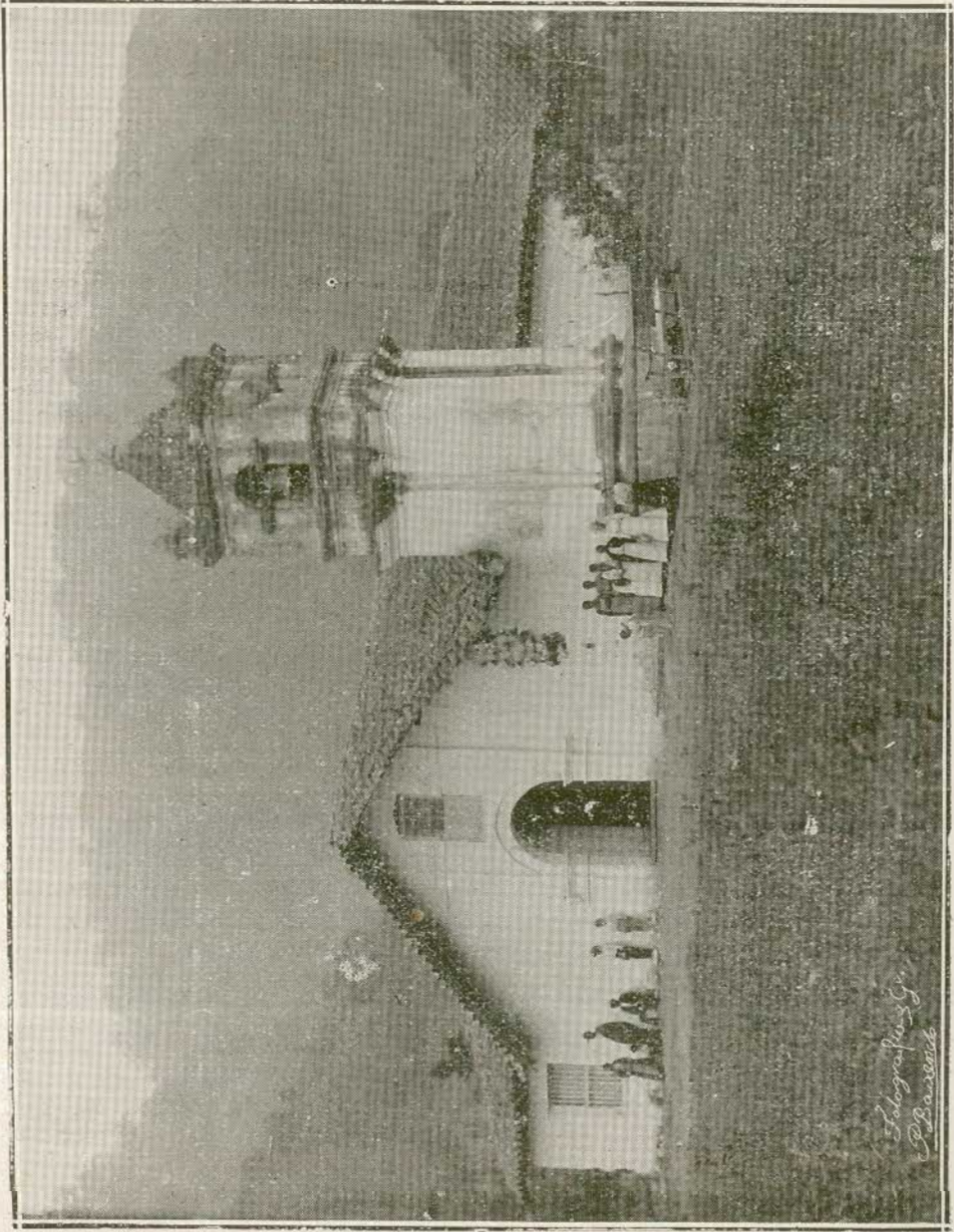
De tiempo en tiempo, el fuego parecía extinguido; enormes canastillos de chispas se elevaban a inmensa altura y las llamas brotaban de nuevo, avivadas por el vendaval.

Las campanas de todas las torres tocaban desesperadamente; el reloj del Ayuntamiento, suelta la cuerda, llamaba a rrebató; el de la catedral vibraba lento y grave; el címbalo de la Universidad dejaba oír su agudo campanileo sobre el tumulto de las campanas tocadas a vuelo.

Las gentes corrían por las calles en dirección al convento de Carmelitas. La multitud llenaba las vías que conducían a la plazuela de su iglesia. Los ojos espantados de la muchedumbre contemplaban el imponente espectáculo del incendio, que rebasaba sobre los altos paredones.

Era espantoso: las llamas salían por

DE OTROS TIEMPOS



Fotografía de G. B. Barrios

Antigua Iglesia de Orosi

los tupidos enrejados, como banderas izadas al viento; los árboles del huerto ardían como enormes blandones; el alero del tejado, hecho ascua; festoneaba lo alto del muro, y el marco de la puerta del templo incendiado parecía cordón de luz colocado alrededor de ella, como adorno de iluminación instalada para alguna fiesta solemne.

La puerta, al caer, cuando hecho ceniza el marco, no pudo sostener su peso, dejó salir del templo una densa ola de humo que rodó sobre el atrio, tras de ella una lengua de fuego lamíó la fachada y fué a juntarse con las llamas que salían del campanario, formando una enorme que tremoló en los aires anunciando victoria.

—¡Una monja! ¡Una monja! gritó la multitud.

Y todos vieron, a la vivísima luz del incendio, un ser humano pegado a los hierros de una de las rejas y unas manos crispadas saliendo por entre ellos. La aparición fué cosa de un instante; bien pronto las llamas barrieron el obstáculo que a su libertad se oponía.

¿Quién fué el que con riesgo de su vida cruzó el dintel de la iglesia, atravesó el templo cuyos altares ardían, derribó la carbonizada puerta que cerraba la clausura y se internó por los estrechos claustros invadidos por el incendio? Uno de tantos héroes anónimos, honra de la humanidad, que arriesgan generosamente su existencia, llevados por la atracción del bien.

Corriendo por entre el fuego, saltando empujadas escaleras que a sus espaldas se hundían hechas cenizas, sintiendo sobre su cabeza los chasquidos de las viejas vigas al arder, llegó a la abovedada galería donde estaban las celdas. En una de ellas, entre la densidad del humo, distinguió una mujer caída de bruces sobre el suelo; los hábitos empezaban a arder. El hombre se acercó, arrancó con mano vigorosa las ropas que ardían y, sintiendo palpar un corazón bajo los hábitos, cogió en los brazos a la mon-

ja y salió a la galería. Le pareció ver gente que corría por los claustros: eran hombres que, movidos por su ejemplo, rompiendo brechas en los muros habían tomado por asalto el convento.

Poco después, sin saber cómo ni por dónde, abrasado el rostro, herido el cuerpo y destrozado el traje, depositaba la leve carga salvada de las llamas en la primera casa, cuyos moradores, conmovidos por el trágico espectáculo, ofrecieron asilo al heroico salvador.

Una mujer con la espléndida belleza de las matronas de Rubens, que daba el pecho a un angelón de ensortijados cabellos rubios, abrió la puerta de la modesta casa; varios niños de diferentes edades, formando grupo, alargaban los rostros mosqueados y abrían desmesuradamente los grandes e inocentes ojos, mirando sorprendidos la conmovedora escena; una adolescente, cuyas correctas líneas anunciaban el próximo desarrollo de una hermosura perfecta, procuraba ahuyentar el grupo de pequeñuelos, con la graciosa severidad que emplean las hermanas mayores, cuando sustituyen a sus madres.

El cuerpo de la monja yacía exánime sobre la ancha cama de matrimonio, dorada y brillante como un trono.

La toca, desceñida, dejaba al descubierto la cabeza, cuyo pelo, blanquizado y enmarañado, parecía montón de medijas; las cuencas de los ojos hundidas, la frente arrugada y pajiza, las mejillas apergaminadas, la boca torcida y desdentada.

Al separar el remendado hábito para examinar a la víctima, el médico no pudo disimular un gesto de repugnancia al percibir el hedor que se desprendía de aquel cuerpo ennegrecido por la falta de aseo. La repugnancia se trocó en piedad al ver el pecho momificado como el de los santos pintados por Rivera, sin indicio de seno femenino. las piernas y los brazos retorcidos por el reuma, la cintura rodeada de una llaga amoratada y purulenta; las úlceras que la estameña y el cilicio

habían causado en el escuálido cuerpo de la madre carmelita.

La pobre mujer abrió los párpados; un vaho de suave calor la reanimaba y unas gotas de aromoso jerez iluminaron los extraviados ojos.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntó el doctor, cubriendo el lacerado cuerpo de la monja.

—Sor Patricia—contestó.

Y después de una larga pausa, durante la cual se pintó en su cara el esfuerzo titánico de un cerebro entumecido que quiere entrar en acción, añadió:

—En el mundo me llamaban Julia Gamoneda.

Manuel fz. Villegas

Envejecer

¡Envejecer, envejecer... con una alma inmortal, que crece cada día en ardor y ternera: luz de luna, lumbre de sol, viril como ninguna; mas... templada por la melancolía!

Envejecer con un *Ego* potente que nunca tuvo edad, en quien la huella no existe del pasado ni el presente; emanación de la Causa Eficiente, sin fin y sin principio como Ella!

¡Envejecer, envejecer, en medio de tantas rosas! ¡Con pereza y tedio ir arrastrando por la vida triste un cuerpo que se pudre sin remedio! ¡Oh, *Arcano*, qué castigo el que nos diste!

* * *

¡Mas no! Como el leproso que cantaba en su agujero sordido, mirando caer su carne vil, porque se estaba con ella la prisión del alma esclava para siempre jamás desmoronando.

¡Quiero loar a la Vejez austera, silenciosa y nevada carretera que conduce derecho al *gran convite*; a la santa vejez, que manumite y es último escalón de la escalera!

Amado Nervo